

LA PARADA MILITAR DE SEPTIEMBRE DE 1921

el viejo bosque, que daba y da prestantia al Parque. También hay en el paseo jardines y una laguna. ¡Ah!, también un restaurante.

El Parque es una cosa grande para el pueblo; allí puede decirse que nacieron el fútbol y el pedestrisimo, las carreras de caballos a la inglesa. Es notorio que protege las cimarras de los niños que no quieren estudiar o han nacido para genios; también ampara a los tejedores de idilios que terminan en diversos destinos. Una mujer que acude a ese sitio con un *pololo*, como llamamos aquí a los cortejantes, se juega una lotería en que lleva todas las de perder.

Las Fiestas Patrias —hablo de 1921— han empezado el 16 de septiembre; en todos los sitios hay ramadas para personas de todas las categorías, ventorros al aire libre, a la sombra de los árboles, destinados a los clientes sin categoría, que suelen llamarse *rotos*. Ellos forman el llamado pueblo, sufrido, dicharachero y amante de las nombradas *chinas* —mujeres de su clase—, del *tinto* y del *blanco*; del *ponche cabezon*, los *causes* con harito *aji*, las tonadas y las cuecas. Se canta en todas partes. No es extraño encontrar doscientas o más parejas bailando cueca, considerada baile nacional, contra la opinión de los sabios, que aseguran que la cueca es de cepa extranjera.

Pero el día más brillante, centro del entusiasmo sin trabas, es el 19 de septiembre, fecha, puede decirse, del Ejército, que es la *Joya de la Casa*, pues posee tradición, sentido militar innato y decidido amor propio. Las mujeres aman el uniforme; los hombres... han sido, en su inmensa mayoría, soldados de conscripción o de línea. Hay que recordar que la primera Guardia Nacional o conscripción empezó, tal vez —si mi memoria no me traiciona—, el año 1896. La recuerda una copla que anotaré:

"La gran GUARDIA NACIONAL
formó con júbilo santo,
el diecinueve de abril
con un patriotismo santo."

Hay en la elipse del Parque unas tribunas, que durante las *paradas* militares del 19 ocupan las autoridades *máximas*: naturalmente, el Presidente de la República, sus Ministros, el Cuerpo Diplomático, los agregados militares, los jefes del Ejército, los personajes de prosapia reconocida y, entre

POR

A. ACEVEDO HERNANDEZ

ellos, las más elegantes y bellas damas.

Desde mucho antes que se presenten las tropas y el Presidente, el pueblo ha rodeado en todo su dibujo la elipse. El que no puede ir a las tribunas, resiste heroicamente el sol y el polvo que levantan los carruajes, la marcha de los caballos y de la muchedumbre. Necesita ver como se *portan* los soldados que son sus hijos o parientes, las manos prontas al aplauso atronador y la boca llena hasta los bordes de crítica. Desde luego, hay que decir que el Parque entero es un vergel de banderas chilenas. No hay en ese Día del Ejército espacio para colocar más gente: son millares y millares de ojos y de corazones. Llena las vidas el alma de la Patria.

De pronto se produce un movimiento ondulante que recorre y envuelve el anillo de espectadores que rodean la elipse y entra hasta las tribunas; precipita al movimiento a las piernas distantes, acalla las guitarras y los bailes, generando una jornada simultánea en dirección al núcleo que espera, impertérrito, la parada; pero no es realmente la gesta militar la que conmueve a la gente: es la llegada del Presidente de la República, que en ese instante se llama Arturo Alessandri Palma, el hombre más querido y más discutido, el que reformó la legislación social en favor del pueblo. Hombre de leyenda, orador ardiente, franco, apasionado, genial. Sufrió algunas mutaciones. El más grande, después de Balmaceda. Un día se fué de la vida, no sin haber determinado magníficas intervenciones, todas favorables a la nacionalidad.

Los gritos alcanzan el tono hasta enredarse en las frondas y subir más alto. proyectiles lanzados por cañones de amor semejan los aplausos. El mira a su pueblo. Fué su querida *chusma* que siempre lo quiso y lo quiere, pues él quiso hacerla feliz.

No habría que decir que a la llegada a las tribunas penetró a una zona resonante de ovaciones y cariño. Carino en todas partes, una especie de espiral cariciosa, una serpentina de gloria.

Ya en su sitio, el Presidente y sus Mi-

dentro de sus uniformes, juventud prometadora, ya soldados capaces de acudir a las batallas. Gestos marciales, marciales los movimientos, seguridad en su pericia, seguidos con alma y vida por las hermosas mujeres que a la pista arrojaban sus afectos. Desde luego, se sabe que cada regimiento posee su manera y su marcha característica, también su tipo.

Y fueron desfilando correctamente sobre su pauta, sin discordancias: la Artillería, el Tacna y el Maturana, Cazadores del General Baquedano, el Buin, el Yungay, Carabineros, Servicio de Comunicaciones, Parque, Ambulancias, etc.

Todos actuaron con corrección admirable; cosecharon aplausos de sonoridad emocionada. ¡La Patria tenía soldados! Los tenía como los tuvo en sus luchas guerreras.

Y es aquí donde, al margen de todo, se marca lo que llaman *broche de oro*. Don Arturo determinó recorrer en su carruaje y con bastante acompañamiento, las avenidas del Parque, para saludar a su *chusma*. Por las avenidas reptaban carretelas enfloradas y embanderadas, muchachas morenas de ojos oscuros, sonrisa franca, y franca determinación, huasos maravillosos, con arros tricolores; rotos auténticos, diciendo picardías en su idioma de tierra, mar y montaña, y, sobre todo, de camino, cosas que nunca olvidaría el León, el *Lion* del pueblo. Y luego el trago de chicha en cacho. (Se toma en cacho para que no se vea el devoro.) También, en un cacho adornado con el tricolor, diz que el *Lion* bebió medio cacho, y que ese gesto le valió la locura del aplauso. Una mujer le dijo:

—¡LIONCITO, quién lo besará!
Y vivas y piropos; el pueblo lo envolvía como en un chal, lo adoraba con luz de idilio. El pueblo era la Patria; don Arturo su intérprete, su guía, su bandera. De pie sobre el carruaje agradeció el homenaje. Y, por fin, salió del Parque, iluminado por el alma de Chile. Hasta La Moneda lo acompañó el pueblo. Allí le habló con un fervor desconocido. Dicen que aseguró que jamás había sentido emoción parecida.

Así terminó la jornada de la presentación del Ejército de Chile, en el Parque Cousiño, el 19 de septiembre de 1921.

A. A. H.

"NUEVO ZIG-ZAG"